

«ENTRE TANTA TONTERÍA...»: TONTOS DE VERAS EN LOPE

LUIS GÓMEZ CANSECO
Universidad de Huelva

Bien mediado el acto II en *No todos son ruiñores* de frey Félix, Elvira encarece ante Cosme y con un latinajo burlesco la muchedumbre de tontos que encontrarse puede en el mundo. A tal punto llega la legión, que si el soberano pudiera cobrar impuestos por tontería, obtendría más bienes que los que llegan de América:

¿Han visto el bobalaisón?
Si el rey llevara alcabala
de tontos, más le valiera
que las Indias. (1635: Acto II, vv. 1597-1600)

Mi intención aquí no es otra que indagar casi al vuelo en la presencia de estos tontos en la obra de don Lope, aunque el problema —al igual en la vida— consiste en determinar cuáles son los tontos verdaderos. Porque no se trata de esos tontos, bobos o locos fingidos, que protagonizan un buen número de comedias, como *El cuerdo loco*, *La boba para los otros y discreta para sí*, *Los locos de Valencia* o *El boba del colegio*. De ellos, además, ya se ocupó la sabiduría de Luciano hace algún tiempo (1989: 213-228).¹ Tampoco son los necios, idiotas o ignorantes que, como ha estudiado Nadine Ly respecto a la Finea de *La dama boba*, terminan siendo sutiles e ingeniosos (1995: 321-347). Ni me interesan los tontos que, en el fondo, son agudos, porque esconden sin saberlo un secreto que habrá de desvelar la trama. Es ése el

¹ Véase asimismo Roso Díaz, 2002: 98-99.

caso de la *Comedia del príncipe inocente*, donde Torcato se presenta a sí mismo como tonto sin ambages—»Y yo un tonto en mi conciencia, / que aquí, desde pequeño, / solo sirvo de comer» (1964: Acto I, vv. 433-435)—, aunque de inmediato se apunta un origen extraño, que habrá de justificar su presteza de ingenio. Tampoco se examina aquí el uso lingüístico de «tonto» como simple insulto o como el encarecimiento afectivo al que acude, por ejemplo, Marcela para con Aynora en *El asalto de Mastrique*: «Calla, tonta, que no hay gusto, / ya que de gusto te agradas, / como cuatro bofetadas / de un hombre de bien, robusto» (2002: Acto II, vv. 1258-1261). El blanco apunta a los tontos a secas y que viven en el convencimiento de no serlo. Son esos sobre los que Finea interroga a Laurencio en *La dama boba*:

FINEA ...los que son bobos de veras,
¿cómo viven?
LAURENCIO No sintiendo.
PEDRO Pues si un tonto ver pudiera
su entendimiento a un espejo,
¿no fuera huyendo de sí?
La razón de estar contentos
es aquella confianza
de tenerse por discretos.
(1994: Acto III, vv. 2619-2624)

Ya Sebastián de Covarrubias insistía en tales singularidades, cuando anotó en su *Tesoro* que «Entre loco, tonto y bovo ay mucha diferencia, por causarse estas enfermedades de diferentes principios y calidades» (1989: 770). En las comedias de Lope, el tonto no es el *bobo*, que el mismo Covarrubias define como «el hombre tardo, stúpido, de poco discurso», para apuntar que «se les cae la baba y hablan torpemente» (1989: 221); ni el *idiota*, que «teniendo obligación de saber, o latín o facultad, es falto e inorante en ella» (Covarrubias, 1989: 726); ni el *necio*, del que afirma el *Diccionario de Autoridades* que es «ignorante, y que no sabe lo que podía y debía saber»; ni siquiera el *majadero*, que para Covarrubias es el «boto de ingenio» (1989: 781). Si nos atenemos al *Tesoro de la lengua castellana o española*, el *tonto* es el «simple y sin entendimiento ni razón; pero éste no es furioso como el que llamamos loco; ... tiene vacía la cabeza, por carecer de entendimiento, el qual en él, es redondo, en oposición de los que tienen buen entendimiento, que llamamos agudos» (1989: 966). Los académicos no fueron mucho más allá, pues, en su *Diccionario*, se afirma que el *tonto* es «ignorante, mentecato, falto de entendimiento o razón».

Sin embargo, Lope no tuvo problema para puntualizar sobre el asunto y puso en pie todo un catálogo de tontos, que puede servir de guía de lectura y esbozo de personajes para otras muchas de sus obras. Ese inventario se encuentra en *El cuerdo en su casa*, comedia de la que hoy disponemos en la excelente edición de Laura Fernández y Rafael Ramos. Lope partió de un refrán tan conocido como «Más sabe el necio

—o el loco— en su casa que el cuerdo en la ajena»,² aunque alteró con toda intención el orden de la sentencia tradicional, como hiciera Mateo Alemán en el *Guzmán de Alfarache*.³ El cambio no es arbitrario, pues en la trama se confronta la inconsciencia del noble y letrado Leonardo con el buen sentido del villano Mendo, que termina por salvar de la deshonra a ambas familias.⁴ El mismo Leonardo se lo ha de reconocer a Mendo poco antes del final: «Pero bastará que os diga / que soy un loco, una bestia, / un necio y un desdichado, / que es la ignorancia más cierta. / Vos el cuerdo, vos el sabio, / y vos, Mendo, el que sin letras / fuistes cuerdo en vuestra casa» (Acto III, vv. 3012-3018). Hasta que el enredo de la comedia se resuelva, todo ello adquiere la forma de una paradoja, que la sierva Inés subraya al presentarlo como un modo del mundo al revés: «...y vi un discreto sin canas. / Yo vi que callaba un necio, / y que un tonto confesaba / que era tonto» (Acto II, vv. 2268-2271).

Poco antes es Antona, la mujer de Mendo, quien interroga a Gilote sobre esa misma condición: «Gil, ¿en qué consiste ser / necio un hombre y estudiante, / y sabio el que es ignorante, / con su casa y su mujer?». La respuesta de Gil no se limita al caso particular de Mendo, sino que se extiende a lo largo de dieciocho maravillosas redondillas, para esbozar todo un censo de razones que llevan a los hombres a ser tontos de veras sin ni siquiera tener conciencia de ello (Acto II, vv. 1771-1848). La cosa empieza volviendo sobre las mismas contradicciones humanas que aparecen una y otra vez en la comedia:

GILOTE Mil estudiantes sútiles,
de ingenio a la ciencia atento,
tienen corto entendimiento
para las cosas civiles.
Verás tal vez un soldado
gallardo gobernador,
sin letras; y con valor
para la guerra, un letrado.

Ante ese contrasentido, Gilote sólo se atreve a argumentar desde su supuesta ignorancia: «No lo sé. Nací grosero; / pero sé que en casa ajena / gobierna mal quien no ordena / muy bien la suya primero». Ahí se inserta toda una *amplificatio* de ejemplos ilustrativos, que arrancan con una admiración interrogativa y retórica:

¡Quién te pusiera en razón,
Antona, en discursos prontos,
los géneros que hay de tontos
que piensan que no lo son!

² Lo recogen con esas variantes Francisco de Espinosa (1968: 74) y Sebastián de Horozco (1994: nº 276).

³ Alemán apunta en la primera parte: «Cada uno sabe su cuento y más el cuerdo en su casa que el necio en la ajena», y lo vuelve a repetir en la segunda: «Cada cuerdo en su casa sabe más que el loco en el ajena» (1987: I, 158 y II, 339)

⁴ Véase, al respecto, Fernández, 1989: 17-26.

Nadie se libra del estrago, por muy lejos que se encuentre en el mapa, pues, como revela el villano, los tontos cubren la geografía del mundo: «Hay tontos, como naciones: /españoles y franceses, /italianos, ingleses, / alemanes, borgoñones...». A partir de ese momento comienza el inventario propiamente dicho con nueve círculos expresos de tontuna, por los que se avanza hacia el cielo de los tontos. No se olvide, eso sí, que, más allá de cualquier atisbo de verosimilitud, es el Lope mundano —más que Gil, el pastor de Plasencia— quien cuenta su experiencia entre los hombres.

El primer arquetipo de tontería es el del lindo, que el *Diccionario de Autoridades* definía como «hombre afeminado, presumido de hermoso y que cuida demasiado de su compostura»:

Hay mil tontos marquesotes
con cuidados de mujer,
que nacieron para ser
mártires de sus bigotes;
mil que a bestias los condeno,
porque ellas a dormir van
sin freno, y ellos están
toda la noche con freno.

Estos «marquesotes» son los mismos que Marín relaciona entre las cosas que hacen adelgazar a un hombre en *El bobo del colegio*: «...y unos ciertos marquesotes / que os hablan por alambique / un lindo todo alfeñique / hecho mujer con bigotes» (Acto I, vv. 353-356), y que Leonarda describe con puntualidad en *La viuda valenciana*: «¡No, sino venga un mancebo / déstos de ahora, de alcorza / con el sombreirito a orza, / ...las calzas hasta los pies, el bigote a las estrellas; jaboncillos y copete, / cadena falsa que asombre, / guantes de ámbar y grande nombre / de un soneto y un billete» (2001: Acto I, vv. 253-268). Como se ve, el bigote era un signo de distinción extrema para estos mártires de la moda, que, con voluntad de que apuntara a las estrellas, lo mantenían celosamente peinado y levantado con el concurso de la bigotera. De nuevo *Autoridades* acude en nuestro socorro, detallando que la *bigotera* era una «funda de camuza suave u de badanilla que se usaba en tiempo de los bigotes para meterlos en ella cuando estaban en casa o en la cama, para que no se descompusieran o ajasen». De esa guisa la pintaba Vélez de Guevara en *El diablo Cojuelo*: «Mira aquel, preciado de lindo, o aquel lindo de los más preciados, cómo duerme con bigotera, torcidas de papel en las guedejas y el copete» (1999: 22-23). Más allá de todo eso, la clave de las dos redondillas se encuentra en la condena que este Lope envuelto en Gil dicta, condenando a vivir como «bestias», esto es, como caballerías, a esta primera suerte de tontos. Al cabo, la bigotera subía desde el belfo, como el freno; pero si éste se les quitaba por la noche a los caballos, los lindos lo usaban en la cama para poder exhibirse por el día. Es la misma pulla que Tadeo le espeta a don Gutierre en *El Narciso en su opinión* de Guillén de Castro: «D. Gutierre.— ¿Bueno está el bigote? Tadeo.— Bueno. / Pero sobrado le cuesta / al que,

como tú, se acuesta / como braquillo, con freno» (1968: Acto I, vv. 49-52); y también el blanco al que apuntaba Agustín Moreto en *El lindo don Diego*: «Con su bigotera puesta / estaba el mozo jarifo, / como mulo de arriero / con jáquima de camino» (Acto I, vv. 353-356).⁵

Los tontos que se agrupan en el segundo género son los que alaban tanto a sus amigos, que terminan por hacerlos odiosos a los ojos de los demás:

Hay tontos apasionados
de suerte de sus amigos,
que les dan mil enemigos,
odiosamente alabados.

No es un caso extraño en Lope, siempre tan preocupado por la envidia ajena; y a esa línea sutil que, a su juicio, separa el elogio de la envidia se refiere en *La Dorotea*, precisamente a la hora de encarecer la belleza de la protagonista: «Y entre ellas, Julio, cuenta la perfección de la hermosura de Dorotea, la limpieza de su aseo, la gala de su donaire, la excelencia de su entendimiento, en que fue superior a todas; y esto no lo digan mis ojos, no mi amor, no mi conocimiento; calle mi voluntad y hable la envidia; que no hay mayor satisfacción que remitirle las alabanzas» (1996: 127). El asunto reaparece de manera cómica en las *Rimas* burguilescas, primero con motivo de «un elogio que se hizo en Roma a su muerte fingida», donde advierte cómo «la envidia que mis años, como espuma / ir a la playa de ola en ola advierte, / no es mucho que ya muerto me presuma»; y luego en la respuesta «A un licenciado que le dijo por favor que deseaba predicar a sus honras»:

Esa amistad, que yo quisiera hacerte,
(todos para morir somos iguales)
que por la condición de ser mortales
también te puede a tí tocar la suerte...
Mejor es que yo escriba en tales días
sonetos tristes a las honras tuyas,
que no que me prediques a las mías. (1996: 1276 y 1292)

Una singular calaña de tontos es la de los graves en exceso, cuya excesiva circunspección termina por convertirse en grosería a la hora de tratar con los demás. Recuérdese que, si los académicos definieron *gravedad* en su *Diccionario* como «modestia, compostura y circunspección proporcionada a la persona y estado», no se les pasó que, cuando no se guarda tal proporción, se convierte en «soberbia, vanidad y entereza en el sugeto que presume lo que no es, despreciado a otros tan buenos como él». Y por ahí anda Gil:

⁵ Las bigoteras concurren como elemento cómico en no pocos textos áureos, como el *Discurso de los tufos, copetes y calvas* de Jiménez Patón o el *Día de fiesta por la mañana y por la tarde* de Juan de Zabaleta. Pero tienen más usos, pues de ellas se sirvió W. E. Wilson para fechar *El cuerdo en su casa* (1955: 29-31).

Hay tontos de gravedad:
que para en descortesía
toda su sabiduría,
que es muy gentil necedad.

Es la misma gravedad que da en locura y que muestra burlescamente Juan Tomás en *El caballero de Illescas*: «Buen talle, contento estoy, / ved la gravedad que tomo. / ¿Hay tal desvanecimiento? / (...) Aquel se tiene por loco, / que cree que es gran señor, / teniendo humilde valor, / pero yo téngome en poco, / sino que voy procurando / ser algo por mí en efeto» (1994: Acto II, vv. 1546-1559). Es ésa también la que se censura en *Fuenteovejuna*: «Comendador.— Es llave la cortesía / para abrir la voluntad; / y para la enemistad/ la necia descortesía./ Ortúño.— Si supiese un descortés / cómo lo aborrecen todos / —y querrián de mil modos / poner la boca a sus pies—, / antes que serlo ninguno, / se dejaría morir. / Flores.— ¡Qué cansado es de sufrir! / ¡Qué áspero y qué importuno! / Llaman la descortesía / «necedad» en los iguales, / porque es entre desiguales / linaje de tiranía» (1993, Acto I, vv. 13-22).

Los porfiados e incansables en sus propias opiniones ocupan el cuatro peldaño en este escalafón de la cortedad humana:

Hay tontos de confianza,
imposibles de vencer,
que solo su parecer
llevan por punta de lanza.

El caso encuentra ejemplo en la XI de las loas de la *Primera parte*, donde se cuenta de un hombre que decide construir una hermosísima casa y, una vez concluida la obra, se la muestra a «cierto vecino», del «cuál dicen que tenía / condición tan rigurosa / que jamás disimulaba / falta en cosa ajena o propia». El vecino, por supuesto, no da su brazo a torcer: «Viola al fin y parecióle / su traza y labor de forma / que quedó un rato suspenso / viendo tan perfecta cosa. / Mas por no perder un punto / de su costumbre monstruosa / y tener que murmurar / que era su regalo y gloria, / queriendo escupir, al dueño / la saliva al rostro arroja, / dejando con ella allí / ofendida su persona» (1997: XI, vv. 45-68).

También encuentran su lugar entre los tontos aquellos buenos que terminan por hacer de sus buenas intenciones un arma letal, la quinta en este caso:

Hay tontos de puro buenos,
que con sencilla intención
para sus amigos son
arsénicos y venenos.

Un dechado positivo del espécimen aparece en *El rústico del cielo*, donde el hermano Francisco, simple e inocente hasta no poder más, mata sin querer a un

guarda de campo de una pedrada, para luego comentar: «*Francisco*.— Tendióse en el campo yermo, / o él estaba muy enfermo, / o súpito se murió. / (...) *Domingo*.— ¿Está muerto? *Francisco*.— Creo que sí; / sospecho que le acerté» (Acto I, vv. 306-316). Este tonto, sin embargo, termina por morir en olor de santidad, porque aquí escribía el Lope piadoso y en *El cuerdo en su casa* Lope era el de mundo. Otro es la circunstancia de los que no aceptan con resignación estoica el suceder de las cosas, hasta conformar el sexto género de tonterías:

Hay tontos de andar podridos
por las cosas que suceden,
que remediallas no pueden,
y les quitan los sentidos.

Como se lee en *Autoridades*, «pudrise» no es otra cosa «llevar con impaciencia y demasiado sentimiento alguna cosa». Es el mismo sentimiento de desesperación que lleva a Belisa en sus bizarrías a casi gritar «¿Hay tal modo de pudrir?», al entender que su don Juan va a casarse con otra (2004: Acto I, vv. 1989); y es ahí también donde encaja la voluntad de torcer el rumbo del destino, que Lope censuraba en la figura de un escolar astrólogo desde los versos de *Servir a señor discreto*: «Si llegamos a un lugar / quiere que sea tal hora, / si salimos al aurora / luego se quiere parar, / porque reina no sé quién, / aunque Saturno le llama» (Acto II: vv. 1621-1626).

Otro modo de intentar saber más allá de lo razonable determina la séptima vía para ser tonto cabal. Se trata de los curiosos y, en especial, de los linceos de las vidas ajenas:

Hay tontos de saber nuevas
de lo que en el mundo pasa,
y no saben si en su casa
nacen repollos o brevas.

Por el contrario, los hay —e integran por sí mismos el octavo nivel— que viven sólo para impedir que los demás se enteren de nada y acumular en sí toda forma de conocimiento, curiosidad y erudición:

Hay tontos de no querer
que nadie en el mundo sepa,
sino que dentro les quepa
cuanto puede el cielo haber.

Tanto de aquéllos, como de éstos dio cuenta el implacable licenciado Tomé de Burguillos. Entre los primeros estaba «una dama que le preguntó qué tiempo corre» y a la que responde con un tremendo «El mismo tiempo corre que solía, / que nunca de correr se vio cansado»; entre los segundos puso a los que «saben griego sin haberlo estudiado» (1989: 1295 y 1281-1282). Ahí también topamos con el Diego

de *Amar, servir y esperar*, que trae a capítulo la armada de Salomón que se menciona en el libro segundo de las *Crónicas*, para que Julio acote: «Bravo tonto es nuestro novio. / ¿Quién en el primer requiebro / trujo lugar de Escritura?», y Félix replique: «Lo que es bueno, siempre es bueno» (1635: Acto II, vv. 604-617). Pero, entre esos tontos con alardes de sabio, es el don Bela de *La Dorotea* quien se lleva la palma. Hasta el punto de que la misma Celia, tras oírle espetar un discurso sobre el amor platónico, apunta: «¡A Platón encaja este majadero!», para al poco preguntarle a su criado: «Éste tu amo, ¿ha estudiado?». La respuesta de Laurencio es una perfecta descripción del eruditonto: «Lo que basta para ser bachiller, que es el peor linaje de cortesanos para tratado. Porque si habla con hombres que saben, conocen lo que no sabe y se cansan de que piense que sabe. Si habla con los que ignoran, huyen dél porque los tiene en poco y presume mucho. Y esto del magisterio es para las escuelas, no para las conversaciones» (1996: 199 y 203).

La cumbre se toca en el noveno cielo, al que Lope dedicó no menos de tres redondillas, acaso porque hablaba por la herida. Allí viven los tontos hinchados y celosos de cualquier gesto de ingenio que no sea suyo:

Hay tontos, que en viendo ajeno
escrito de habilidad,
aunque en toda esta ciudad
agrade, por ser tan bueno,
dicen: «Yo tengo de hacer
una cosa nunca oída»,
sin mirar que a la nacida
no iguala la por nacer;
y cuando esté comenzada
esta su historia o conseja,
es como preñado en vieja:
gran barriga y todo nada.

Tan a las claras se ve el rostro del poeta tras la máscara de Gilote, que el pastor no duda en entrar de lleno en la literatura y hasta meter los dedos en el mundillo que la rodeaba en la corte. Se trata del mismo paisaje que describen César y Ludovico en *La Dorotea*:

CÉSAR. Desto quisiera yo que trataran en sus juntas los que en este lugar se llaman ingenios, como lo hacen en Italia en aquellas floridísimas academias. Pero juntarse a murmurar los unos de los otros debe de traer gusto; pero parece envidia, y en muchos ignorancia.

LUDOVICO. Allí ninguno enseña y todos hablan, (1996: 353-354)

Pero ni el mismo Lope supo escapar a su censura, pues no fue otro sino él quien escribió cosas tan excesivas como aquello de la epístola segunda «Contra los preceptistas aristotélicos»: «¡Oh letrado mental! ¡Oh Figueroa!, / hombre sin ley cari-

glorioso y tonto, / seso de cuervo en calva de Gamboa. [...] / ¿A qué librero engañas la inocencia / con aquella España Defendida?» (1942: 59); o el que arreó a Cervantes cuando el *Quijote* apenas iba hacia la imprenta: «De poetas, no digo, ... pero ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a Don Quijote» (1935-1943: III, 4). El intento inútil de toda esa hinchazón queda cifrado en el dicho tradicional de la vieja preñada en huero, para acabar ese ilustrativo «todo nada».⁶

Aquí termina la intromisión de Lope para que el verdadero Gil vuelva sus ojos a la trama con toda su pelliza a cuestas, y apunte de nuevo hacia el asunto de la comedia, ese del «loco cuerdo», con una redondilla que da pie a la respuesta de la mujer de Mendo:

Mas, porque el discurso pase,
por el mayor se condena
el que gobierna la ajena,
y se descuida en su casa.
ANTONA Entre tanta tontería,
¿cómo no pones a Mendo?

Pero nosotros, como el público de Lope, sabemos de antemano que Antona se equivoca, porque Mendo es el único cuerdo y avisado en la obra. Aun así, su ejemplo le sirvió a Lope para ofrecernos una pauta con que regirnos por la oscura selva de la tontuna humana. Aun así, él mismo —tan pagado de sí, otras veces— no dudó en ubicarse entre los tontos de esa selva, aunque bajo el embozo villano de Belardo. Fue en *Las Batuecas del Duque de Alba*, donde, como pastor, discute con gente noble a cerca del sentido de la cifra «T.S.D.R.» y exhibe su condición de tonto sobre la escena:

BELARDO	Si su merced me diere la licencia En verdad que lo cierto le diría
DUQUE	¿Pues vos sabéis de letras?
LUCINDO	Muy bien puede fiar su señoría de Belardo, que es hombre que ha leído el <i>Flos Sanctorum</i> y canta en la tribuna los domingos; compone villancicos. (...)
DUQUE	Decid lo que entendéis de aquestas letras.
BELARDO	T.D.S.R. desta suerte lo entiendo: «Tonto soy, duque, remitildo a un sabio».
MAYORDOMO	¡Oh, qué graciosa bestia!
DUQUE	Bien ha dicho: que a un sabio se remita y que él es tonto.

⁶ Cervantes no le fue a la zaga y respondió, entre otros sitios, en el *Viaje del Parnaso*, donde dos nubes descargan una ingente lluvia de poetas: la primera a todos los demás y la segunda y más hinchada nada menos que a Lope en persona (1997: 237).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Mateo ALEMÁN (1987). *Guzmán de Alfarache*, ed. José M^a Micó, Madrid, Cátedra, 2 vols.
- Agustín G. de AMEZÚA Y MAYO (1935-1943). *Lope de Vega en sus cartas*, Madrid, Tipografía de Archivos.
- Guillén de CASTRO (1968). *El Narciso en su opinión*, ed. A. V. Ebersole, Madrid, Taurus.
- Miguel de CERVANTES (1983). *Viaje del Parnaso*, ed. Miguel Herrero, Madrid, CSIC.
- Sebastián de COVARRUBIAS (1989). *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. Martín de Riquer, Barcelona, Alta-Fulla.
- Diccionario de Autoridades* (1990). Madrid, Gredos, 3 vols.
- Francisco de ESPINOSA (1968). *Refranero*, Madrid, RAE.
- Jaime FERNÁNDEZ (1989). «Carencia de discreción, causa de deshonra: *El cuerdo en su casa de Lope de Vega*», en *Varia Hispanica. Homenaje a Alberto Porqueras Mayo*, ed. V. Williamsem y J. Laurenti, Kassel, Reichenberger, pp. 17-26.
- Luciano GARCÍA LORENZO (1989). «Amor y locura fingida: *Los locos de Valencia* de Lope de Vega», en *El mundo del teatro español en su Siglo de Oro: ensayos dedicados a John E. Varey*, ed. J. M. Ruano de la Haza, Ottawa, Dovehouse, pp. 213-228.
- Sebastián de HOROZCO (1994). *Libro de los proverbios glosados*, ed. Jack Weiner, Kassel, Reichenberger.
- Nadine LY, «La poética de la bobería en la comedia de Lope de Vega: análisis de la literalidad de *La dama boba*», en *La comedia: Seminario Hispano-Francés organizado por la Casa de Velázquez*, ed. Jean Canavaggio, Madrid, Casa de Velázquez, 1995, pp. 321-347.
- Agustín MORETO (1987). *El lindo don Diego*, ed. Frank P. Casa y Berislav Primorac, Madrid, Cátedra.
- José Roso DÍAZ (2002). *Tipología de engaños en la obra dramática de Lope de Vega*, Cáceres, Universidad de Extremadura.
- Lope de VEGA (1635). *Amar, servir y esperar*, en *Ventidós parte perfecta de las comedias*, Madrid, Viuda de Juan González.
- (1635). *No todos son ruiñores*, en *Ventidós parte perfecta de las comedias*, Madrid, Viuda de Juan González.
- (1942). *Cardos del jardín de Lope*, ed. Joaquín de Entrambasaguas, Madrid, CSIC.
- (1950). *El cuerdo en su casa*, en *Comedias escogidas* (BAE XLI), ed. Juan E. Hartzenbusch, Madrid, Atlas, 1950, pp. 443-464.
- (1964). *El príncipe inocente*, ed. Justo García Morales, Madrid, [s.n.].
- (1975). *Servir a señor discreto*, ed. Frida Weber, Madrid, Castalia.
- (1989). *Obras poéticas*, ed. José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta.
- (1993). *Fuenteovejuna*, ed. Donald McGrady, Barcelona, Crítica.
- (1994). *La dama boba*, ed. Diego Marín, Madrid, Cátedra.
- (1994). *Las Batuecas del Duque de Alba*, en *Comedias*, vol. IX, Biblioteca Castro, Madrid.
- (1994). *El caballero de Illescas*, en *Comedias*, vol. VIII, Biblioteca Castro, Madrid.
- (1996). *La Dorotea*, ed. José Manuel Blecua, Madrid, Cátedra.
- (1997). *Loas de la Parte I*, en *Comedias. Parte I*, ed. Luigi Giuliani, Milenio, Lleida.
- (1997). *El rústico del cielo*, en *Comedias*, vol. XIII, Biblioteca Castro, Madrid.
- (2001). *La viuda valenciana*, ed. Teresa Ferrer Valls, Madrid, Castalia.
- (2002). *El asalto de Mastrique*, ed. Enrico di Pastena, en *Comedias de Lope de Vega. Parte IV*, vol. I, Lérida, Milenio.
- (2004). *Las Bizarriás de Belisa*, ed. Enrique García Santo-Tomás, Madrid, Cátedra.

- (2005). *El cuerdo en su casa*, ed. Laura Fernández y Rafael Ramos, en *Comedias de Lope de Vega. Parte VI*, Lérida, Milenio.
- Luis VÉLEZ DE GUEVARA (1999). *El diablo Cojuelo*, ed. Ramón Valdés, Madrid, Crítica.
- W. E. WILSON, «Bigoteras, and the Date of Lope's, *El cuerdo en su casa*», *Bulletin of the Comediantes*, VI.2, 1955, pp. 29-31.

